

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 41



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

SOBRE EL MODO DE PRODUCCION DE LA LITERATURA INDIGENISTA*

Antonio Cornejo Polar

La crítica acerca de la literatura indigenista vertebra sus juicios y reflexiones a partir de la oposición autenticidad/inautenticidad, relativa siempre —aunque su fraseo pueda ser cada vez distinto— a la relación entre el universo representado en la obra y su referente de realidad. La misma oposición sirve también, casi unánimemente, para diseñar el curso histórico del indigenismo: su desarrollo se entiende así como una progresiva realización de la autenticidad, como una cada vez más aguda y perspicaz revelación del lado interior del mundo andino. No interesa discutir ahora la validez de este sistema crítico, cuya utilidad parece en todo caso indiscutible; se trata, más bien, de proponer otra alternativa para el conocimiento de la literatura indigenista, en especial de sus formas narrativas.

I

En 1928, al hacer un deslinde aparentemente obvio entre literatura *indígena* y literatura *indigenista*, José Carlos Mariátegui fundó una perspectiva de conocimiento que la crítica posterior lamentablemente no ha frecuentado. El distingo está formulado por Mariátegui en los siguientes términos:

Y la mayor injusticia en que podría incurrir un crítico, sería cualquier apresurada condena de la literatura indigenista por su falta de autoctonismo integral o la presencia, más o menos acusada en sus obras, de elementos de artificio en la interpretación y en la expresión. La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla.¹

* Una primera versión de este trabajo sirvió de base de discusión en el seminario "José María Arguedas y el indigenismo" dictado por el autor en la Universidad de San Marcos durante el segundo semestre de 1975.

1 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1963 (9na. ed.), pp. 291-292.

La cita anterior nos permite anotar desde ahora dos precisiones importantes: 1) el establecimiento de una fractura entre el universo indígena y su expresión indigenista; y, 2) la determinación del carácter necesariamente "artificial" de la literatura indigenista.

Cabe hacer una primera exploración de ambas precisiones a partir de su cotejo con el concepto más extendido de literatura nacional. La literatura nacional supone, en efecto, la afirmación de un espacio homogéneo en el que convergen un proceso productivo, sus resultados textuales, los referentes allí mencionados y el circuito de consumo de tales productos. El modelo de literatura nacional implica el más subido grado de homogeneidad de estos factores, aunque —como es natural— su realización histórica admite variables, matices y excepciones.² El signo clave del indigenismo es el contrario; o sea, precisamente, su heterogeneidad. En este sentido el concepto de literatura nacional, que podría dar razón de la literatura indígena, ayuda a comprender, pero ahora por oposición, el carácter básico de la literatura indigenista. Un trazo rápido del problema podría señalar que la literatura indigenista supone un proceso pluricultural en el que la producción, su realización textual y el ámbito de su consumo pertenecen básicamente a un universo, mientras que el referente predicado en ese texto corresponde a otro universo distinto.

Es necesario concretar este análisis:

a) *Con respecto al proceso de producción.* José Carlos Mariátegui afirmaba que la literatura indigenista es producida por mestizos. Sin duda el término "mestizo" no tiene aquí una acepción puramente biológica o racial, ni tampoco cabe interpretarlo en relación exclusiva con la figura del autor; alude, más bien, a una compleja realidad socio-cultural y al no menos complejo proceso de producción de la literatura indigenista. Concretamente este proceso está situado y obedece a un universo occidentalizado, o "europoide" según la terminología de Lipschutz,³ tanto por la posición social y cultural que ocupan sus autores,

2 Es interesante advertir que la crisis del concepto de literatura nacional, correlativa a la quiebra del énfasis romántico sobre las nacionales, no determina en Europa un proceso de desmembración; al contrario, genera la necesidad de configurar espacios más vastos que nuevamente tienen que considerarse homogéneos. En 1948 Ernest Robert Curtius afirmaba, por ejemplo, que "la literatura europea sólo se puede ver como un todo" (*Literatura europea y Edad Media latina*, México, F.C.R., 1955, p. 34, t. 1).

3 Cf. Alejandro Lipschutz: *Perfil de Indoamérica en nuestro tiempo*, La Habana, Instituto Cubano del libro, 1972.

cuanto por el contexto en que actúan y las convenciones literarias que emplean. Para señalar sólo lo más evidente: el modo de producción indigenista no se concibe al margen de la escritura en español, mientras que la oralidad quechua o aymara sería el modo propio de la producción indígena. La opción a favor de la escritura en español supone una constelación de otras opciones dependientes e implica la acción decisiva de todo un complejo de recursos destinados a la producción de objetos literarios dentro y en función de un concepto de literatura que en ningún caso puede considerarse universal.

b) *Con respecto al texto.* Sin duda el modo de producción determina la naturaleza del producto resultante. En este sentido los textos indigenistas asumen aún en su estructura formal el signo occidentalizado que domina su proceso de producción, como se observa con evidencia en el caso de la novela cuya filiación urbana y burguesa la aleja considerablemente del universo agrario indígena. Tal vez no sea inútil recordar que algunos relatos indigenistas al interpolar en su discurso algo así como traducciones de cuentos o fábulas indígenas (piénsese en *Los perros hambrientos*) subrayan indirectamente la diferencia entre esos fragmentos y la totalidad del texto que los engloba. Esto quiere decir, en otros términos, que el universo referido delega su expresión en formas literarias que histórica y socialmente no le pertenecen —al margen de que, dentro de su propio horizonte, siga empleando vigorosamente las formas que le corresponden y son propias de su estructura social.

c) *Con respecto al circuito de comunicación.* El circuito de comunicación de la literatura indigenista no se diferencia esencialmente del circuito típico por el que discurre la cultura oficial de los países andinos; o en todo caso, aún en sus realizaciones más avanzadas, no incorpora en su dinámica a los sectores indígenas. A las obvias barreras del analfabetismo hay que añadir la discriminación socio-económica que subyace en el comercio del libro. Es claro que el hecho de la comunicación determina también, como el modo de producción, la naturaleza de la obra: no en vano la imagen del lector, lo que suele denominarse "lector ideal",⁴ impregna íntegramente la constitución de la obra. Es indiscutible que una será la forma del relato si se le concibe como práctica comunitaria a

4 Cf. René Jara y Fernando Moreno: *Anatomía de la novela*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973, p. 21.

cumplirse oralmente dentro de un círculo de oyentes homogéneos y otra —muy distinta— si se piensa en la apropiación individual, pero personalmente indeterminable, de la materia que contiene la narración.

Sucede entonces que el referente de las obras indigenistas (el mundo indígena) no corresponde ni al proceso de producción ni al sistema de consumo de la literatura indigenista; más aún, la naturaleza del texto tampoco obedece al orden específico del referente, pues está determinada por convenciones literarias que son propias de otro espacio cultural. Cabe señalar, por consiguiente, que la literatura indigenista implica la movilización de los atributos de una cultura, y de la literatura que le pertenece, para revelar la peculiaridad de una cultura distinta —cultura que en sí misma, es importante remarcarlo, posee otros medios literarios de expresión.

II

La fractura del universo indígena y su manifestación indigenista no se agota en el nivel cultural; tiene además, por cierto, una base socio-económica de insoslayable importancia. Conviene señalar por el momento, en una primera instancia, sólo los aspectos de mayor relieve: mientras la producción indigenista pone en juego condicionamientos de una sociedad urbana, caracterizada por el subdesarrollo y la dependencia de su estructura capitalista, y se realiza como actividad de sus capas medias, el referente indígena obedece a determinaciones de una sociedad rural que hasta hace muy poco repetía categorías feudales o semi-feudales y se configura en el plano de la realidad y en el de la representación a partir del enfrentamiento entre terratenientes y campesinos. De esta manera surge la necesidad de tejer una red de relaciones clasistas que implican algunos desplazamientos ideológicos y ciertas funciones sociales asumidas vicariamente.

Naturalmente la heterogeneidad socio-económica no es un fenómeno distinto de la heterogeneidad cultural; su unidad estructural queda en claro al comprobar, en vía de simple ejemplo, que el sistema social que genera el indigenismo permite, mediante la división del trabajo, la aparición de productores literarios más o menos especializados, con todo lo que ello significa, mientras que en el sistema social referido esa especialización prácticamente no existe y la función literaria corre a cargo de cualquier miembro de la comunidad.

La heterogeneidad socio-económica y cultural que se encuentra en la base

del indigenismo, y lo define, permite comprender a esta literatura en términos de un conocimiento exterior de un universo complejo y relativamente cerrado, el universo indígena, a partir de una perspectiva que se afina en un universo distinto en lo social, en lo económico y en lo cultural. Esta tarea, cuya índole podría ser homóloga a la que funda las actividades lingüísticas de la traducción e interpretación, se proyecta históricamente hasta el período de creación de las crónicas acerca del Nuevo Mundo⁵ y engloba dentro de sí todas las manifestaciones literarias del indigenismo.

La doble heterogeneidad aludida gana relieve en la medida en que los dos universos que la componen no aparecen yuxtapuestos, sino en contienda, y en cuanto al segundo, el universo indígena, suele mostrarse en función precisamente de sus peculiaridades distintivas. No en vano la narrativa indigenista muestra constantemente la expoliación del pueblo indio por los representantes de la sociedad "blanca" y no en vano, tampoco, esa misma narrativa alcanza sus mejores logros cuando logra revelar y justipreciar las cualidades diferenciales de la sociedad y de la cultura indígenas.

III

Pero el deslinde de Mariátegui no sólo permite entender la heterogeneidad esencial del indigenismo; permite, además, determinar su carácter necesariamente "artificial". Parece indiscutible, por lo pronto, que la "artificialidad" del indigenismo es una derivación de su heterogeneidad de base; en efecto, la representación de un referente ajeno al sistema literario que verbalmente lo suscita, no puede hacerse más que a través del empleo de procedimientos y recursos formales que viabilicen el desplazamiento entre dos universos distintos, quedando fuera de opción, por la propia naturaleza del fenómeno, cualquier tipo de expresión más o menos directa o espontánea. Este desplazamiento es el que marca la específica "artificialidad" del indigenismo en tanto no corresponde a la artificialidad implícita en todo arte (como empleo de convenciones estéticas) sino que adquiere el sesgo propio de la comunicación y del conocimiento intercultural e intersocial.

Esta especificidad se observa ejemplarmente en la novela indigenista. Efectivamente, cualquiera que sea su pertenencia a una determinada escuela, la

⁵ Una interesante aproximación a las crónicas como diálogo intercultural, en: Alberto Escobar: "Lenguaje e historia en los Comentarios Reales", en: *Patio de Letras*, Lima, Caballo de Troya, 1965.

novela indigenista presupone una intención o una convención realista. Es propio de la novela indigenista afirmar su fidedigno apego a la realidad, de suerte que su lectura se propone siempre (aún en el caso de las tergiversaciones más obvias) como un modo de conocer el mundo indígena tal como efectivamente es. En este sentido la novela indigenista puede definirse por su función transitiva con respecto al referente. Por otra parte, en la medida en que esta novela se perfecciona como género, y también conforme se reduce la insularidad real del mundo indígena, los relatos indigenistas subrayan su voluntad de interioridad; vale decir, su decisión de expresar “desde dentro” las peculiaridades del espacio referido. Sucede, sin embargo, que tanto la vocación realista cuanto la voluntad de interioridad son objetivos imposibles en términos absolutos y su búsqueda, por tanto, un empeño señalado de antemano por el fracaso: si se lograra a plenitud, la literatura indigenista habría cedido su lugar a la literatura indígena.

La novela indigenista plantea, pues, un difícil problema: a partir de su heterogeneidad de base y asumiendo su carácter necesariamente “artificial” tiene que producir una apariencia de autenticidad —y esta apariencia, siendo tal, es decir: una ficción,⁶ debe significar la mayor aproximación posible a la realidad del universo indígena. De aquí que el ritmo de estas aproximaciones sea correlativo al empleo de recursos cada vez más elaborados, menos directos, si se quiere más “artificiales”. Es sintomático en este sentido que el problema del lenguaje dialógico de los personajes indios se haya resuelto primero con la cruda interpolación de vocablos quechuas o aymaras, seguidos de su respectivo glosario, y mucho más tarde, a partir de la narrativa de José María Arguedas, con la creación de un lenguaje artificial que otorga tonalidad quechua al discurso en español. No deja de ser curioso que este recurso, evidentemente lícito y en más de un aspecto ejemplar, sea el que confiere a la obra de Arguedas ese signo de autenticidad que unánimemente se le reconoce.⁷

IV

Más que limitaciones, y aunque también lo sean en un determinado

6 Se trata naturalmente de otro orden, no mimético, de autenticidad. Sobre el rol de la ficción José Carlos Mariátegui había afirmado: “más que descubrirnos lo maravilloso, (la ficción) parece destinada a revelarnos lo real” (“Ficción y realidad”, en *El artista y la época*, Lima, Amauta, 1967 (3era. ed.), p. 23).

7 Al respecto puede bastar el siguiente juicio de Mario Vargas Llosa: “la impresión de autenticidad flagrante que tenemos ante los indios de Arguedas proviene ante todo de su manera de hablar”, en: “José María Arguedas descubre al indio auténtico”, en: *Visión del Perú*, Año I, No. 1, Lima, Agosto de 1964.

sentido, la heterogeneidad y la “artificialidad” del indigenismo constituyen los rasgos definitorios de este movimiento: son componentes fundamentales de la paradoja que subyace en los niveles más profundos de toda creación indigenista. La manera como se ha intentado resolver literariamente el problema así planteado, asumiendo la alternativa del relato explícitamente exterior o intentando una inserción suficiente para hacer verosímil una narración interior, podría servir para articular la historia íntegra de la narrativa indigenista; sin embargo, desde la perspectiva adoptada en estas páginas, es más importante esclarecer que en ambos casos, y en las formas secundarias que ocupan la gama intermedia que va de uno a otro, la efectividad de la solución ha estado en relación directa a dos tipos de cuestiones: unas directamente ideológicas y otras de manifestación más bien formal.

Ideológicamente el indigenismo ha podido burlar los efectos negativos de su heterogeneidad, aunque sin eliminarlos, en la medida exacta en que le fue posible expresar los intereses sociales del pueblo indígena e incorporarlos a la problemática global de la nacionalidad; es decir, en la medida en que pudo crear un espacio de convergencia, de homogeneidad si se prefiere, entre los distintos elementos de su proceso de producción. La polémica entre José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez esclarece muy bien este aspecto. En el transcurso del debate Mariátegui señaló lo siguiente:

Afirmo (...) que de la confluencia o aleación de “indigenismo” y socialismo nadie que mire al contenido y a la esencia de las cosas puede sorprenderse. El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú las masas —la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano —ni sería siquiera socialismo— si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas.⁸

La afirmación de Mariátegui permite integrar correctamente la especificidad indígena en el horizonte de la sociedad nacional y permite, también, integrar sus tensiones peculiares en la dinámica general de las luchas por el socialismo. Es a partir de esta perspectiva que el indigenismo, aún con sus limitaciones de más bulto, se legitima ideológicamente y se hace viable como producción literaria.

8 Los textos de la polémica, y otros colaterales, han sido recientemente editados: *La polémica del indigenismo*, Lima, Mosca Azul, 1976. La cita corresponde a la primera respuesta de Mariátegui (“Intermezzo polémico”), p. 73. Los textos de las otras respuestas insisten y ahondan el mismo punto de vista.

En el mejor indigenismo se encuentra también, como una respuesta a la contradicción que subyace en él, una cada vez más creciente y efectiva aptitud para abrir la estructura de la obra en busca de insertar dentro de ella formas literarias originalmente propias de otros géneros, precisamente de aquéllos que corresponderían mejor al desarrollo histórico y al sistema social del mundo andino. Esto es especialmente visible en la novela. Con frecuencia la crítica ha detectado en la novela indigenista, en efecto, ciertos elementos no novelescos; a veces, inclusive, ha optado por enjuiciar negativamente la presencia insólita de tales componentes, que suelen ser descritos como propios de la epopeya, de la historia, de la crónica, de los relatos folklóricos, del testimonio, de la denuncia social, del mito, etc. La descripción es correcta, en términos generales, en cuanto da razón de la complejidad de la novela indigenista y observa su inestable relación con el canon ortodoxo de la novela; sin embargo, por debajo de la simple comprobación, y hasta al margen del juicio que pueda merecer esta manifestación de sincretismo, queda una instancia explicativa de importancia singular.

En lo esencial, y sin desbrozar por completo el problema, debe advertirse que a veces, en los casos más significativos, se trata del resultado de la presión que ejerce la naturaleza del referente sobre el proceso de la producción indigenista; o, en otros términos, de la impregnación de éste por las formas literarias (como las formas míticas, épicas o del relato folklórico) que son propias del mundo indígena. La ausencia de personajes individuales en *Yawar Fiesta* o el inequívoco rango épico de Rendón Willka, el protagonista de *Todas las sangres*, son indicios de esta apertura de la novela hacia formas correspondientes a otros géneros.⁹ Tal vez el grado de asimilación de estas formas sea un criterio válido para articular y distinguir más precisamente los momentos indigenista y neoindigenista y para establecer una perspectiva formal sobre la

⁹ La idea central que desarrollamos en este párrafo proviene de un estudio de Agustín Cueva: "Para una interpretación sociológica de *Cien años de soledad*", en: *Revista Mexicana de Sociología*, Año XXXVI, Vol. XXXVI, No. 1, México, enero-marzo de 1974. Es importante conocer el planteamiento básico de Cueva: "El problema se plantea (...) en términos antinómicos. De una parte, un referente empírico que no puede imponer su forma propia de conciencia como perspectiva hegemónica, capaz de estructurar la obra en la forma estética pertinente (...) por hallarse en un nivel subalterno de la formación social que lo engloba y redefine y desde el cual sólo podría engendrarse algún género de literatura popular (...) De otra parte, una forma de conciencia proveniente del polo social hegemónico, pero que por sí sola no basta e incluso puede convertirse en óbice para la adecuada plasmación de aquella materia prima que naturalmente posee su propio espesor, vale decir su propia forma, y requiere por lo tanto un tratamiento estético particular", p. 62. El hecho que Cueva aluda a dos niveles de una misma sociedad permite mantener la idea expuesta en esta parte inclusive si se refutara la tesis dualista acerca de la estructura de la nacionalidad peruana.

novela indigenista en las distintas etapas de su desarrollo.¹⁰ En todo caso, observando las transformaciones del género novela en su versión indigenista, y desechando toda supuesta obligación de repetir el modelo occidental correlativo, puede comprenderse bien la índole profunda del indigenismo, la compleja y apasionante pluralidad de su modo de producción, su historia todavía no terminada.

10 Un primer aporte valioso para rastrear este desarrollo se encuentra en la tesis doctoral de Tomás Escajadillo: *La narrativa indigenista: un planteamiento y ocho incisiones*, UNMSM, 1971 (mimeo).